

UNIVERSIDAD CATOLICA BLAS CAÑAS
DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN
DOCUMENTO DE ESTUDIO Nº 46

ANALISIS PSICOLOGICO - LITERARIO
DE
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Un acercamiento al ensayo de
SERGIO PEÑA Y LILLO

SANTIAGO QUER ANTICH

Santiago de Chile
1994

ÍNDICE

	Presentación	5
	Importancia del estudio de Sergio Peña y Lillo sobre don Quijote	6
	“Don Quijote”	8
I.	Introducción al estudio de la novela y el personaje	8
II.	La personalidad psicológica de Don Quijote	13
III.	Quijotismo y Sanchopancismo	18
IV.	Dulcinea del Toboso	29
V.	Don Quijote como creación y personaje literario	32
VI.	“El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” como novela	36
	“El Ingenioso Hidalgo ...” como mito	36
VII.	El último abordaje de un lector con amor	40

PRESENTACION

El documento de estudio que tienen en sus manos es un acucioso análisis de la obra "EL PRÍNCIPE DE LA LOCURA", en el cual el médico psiquiatra Sergio Peña y Lillo hace un interesante y atractivo análisis de la personalidad psicológica de Don Quijote de la Mancha y de la novela cervantina en la cual se relatan sus hazañas. Pero Peña y Lillo no se queda sólo en esa esfera, con ser interesante, sino que además hace un examen literario tanto del texto - la novela - como de los personajes que lo pueblan - Don Quijote, Sancho y Dulcinea, incluyendo, dentro de su examen, interesantes paralelos con otros personajes de la Literatura Universal, de tanto relieve como Hamlet y Fausto, que más de un matiz parecido con Don Quijote tienen.

El Profesor Quer, que ha hecho el estudio del extenso cuanto interesante ensayo de Peña y Lillo, pretende que el análisis que hace de la obra en cuestión, sirva tanto a los profesores de la Carrera de Pedagogía en Castellano, como a los alumnos de dicha Carrera, pues tiene las características el estudio, de una obra complementaria de consulta. De ahí, entonces, que no tanto sea un examen del ensayo más arriba mencionado, desde su particular punto de vista, sino que más bien es una exposición ordenada del pensamiento del autor del ensayo, reforzada por la cita textual de numerosos párrafos, que dan una idea cabal del análisis que de los personajes y de la novela ha hecho el Dr. Peña y Lillo, sin que ello constituya una aberrante síntesis de la obra, sino que más bien sirva de acicate para su lectura directa.

Por otra parte, el Documento de Estudio induce a enriquecer la Metodología de Enseñanza de obra tan capital en el desarrollo de la Literatura Española y Universal como "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha" con un enfoque que no sustituye sino que complementa el análisis de la novela cervantina en el aula, lo cual, seguramente, estimulará a los estudiantes de este contenido, por cuanto se constituye en un enfoque metodológico y de aprendizaje novedoso.

Y también constituye - esperamos - para todo lector no estudiante y no exclusivamente para los profesores de Literatura, un reencuentro con el Hidalgo Manchego, que seguramente, inducirá a una relectura atenta y amorosa - como la que ha hecho el Dr. Peña y Lillo - de la egregia creación cervantina.

LA DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN

SANTIAGO, de 1995.

IMPORTANCIA DEL ESTUDIO DE

SERGIO PEÑA Y LILLO

SOBRE DON QUIJOTE

La bibliografía sobre “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, de Cervantes, y de su personaje central, el Hidalgo Manchego, es ciertamente abundante. Destaca sobre otros, posiblemente, por el apasionado ardor de sus juicios, “Vida de Don Quijote y Sancho”, de D. Miguel de Unamuno, que ha orientado mucho la pedagogía sobre la egregia novela cervantina, en la enseñanza de la Literatura Española.

En Chile, no han escaseado, sobre todo con ocasión del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, en 1947. Buena prueba de ello es el inestimable número que dedicó a su estudio, la prestigiosa revista literario - científica “Atenea”, de la Universidad de Concepción.

Sin embargo, nos enfrentamos hoy día con un nuevo aporte a la bibliografía cervantina escrito por un médico psiquiatra, no por un literato o un estudioso de la literatura. Cabe preguntar: ¿qué puede decir un médico psiquiatra sobre Don Quijote y la novela de la cual es protagonista?. Respondemos, obviamente: mucho. En primer lugar, Peña y Lillo hace un profundo e iluminador estudio sobre D. Quijote. No es en nuestro ámbito el primero: ya lo ha hecho el psiquiatra Otto Dörr Zegers (“Racionalidad e Irracionalidad en el Delirio”. Actas Luso - Españolas de Neurología y Psiquiatría, 1988), que Peña y Lillo menciona más de una vez en su estudio.

Seguramente si sólo se tratara del abordamiento psicológico de D. Quijote, el estudio quedaría encerrado en estrechos límites. Además - y segundo, Peña y Lillo es un lector atento, que, como lector, cala en profundidad la novela como texto literario y a D. Quijote, Sancho y Dulcinea, como personajes literarios. Esa cala en profundidad es literaria, para lo cual Peña y Lillo se apoya, sin dejar de lado su propio criterio, en una impresionante batería de estudiosos de la obra y los personajes cervantinos: Azorín, Unamuno, los dos Menéndez, Pelayo y Pidal; Américo Castro - capital en el estudio de la obra del Manco de Lepanto, como Unamuno, pero más desde un ángulo científico - literario - Madariaga, Ortega y Gasset, Riquer; sin olvidar a los chilenos: Echevarría, D’Halmar, Ibáñez Langlois, Orrego Vicuña. Cala en profundidad que se torna en enamoramiento del autor hacia el personaje, que ha pasado con cuantos se han asomado a la novela cervantina y se han topado con el Caballero de la Triste Figura, y que le ha permitido valorar la novela en su esencia literaria y humana, aspecto éste último que adquiere especial relieve en el estudio de Peña y Lillo y que le da a su comentario, singular calidad y actualidad, porque, esencialmente, Peña y Lillo rescata

frente a la tecnología y pragmatismo de nuestro tiempo, la posibilidad de ensueño, ideal y asombro del ser humano, que necesita, hoy más que nunca, poder “reencantar el mundo (aspecto este último que ha sido magistralmente abordado en profundidad por Monseñor Bernardino Piñera Carvallo: “Reencantamiento de la Vida Andrés Bello, Santiago, 1993)”.

Consideramos tan importante el estudio que Peña y Lillo ha hecho de la inmortal novela de Cervantes, que no hemos resistido la tentación de hacer un comentario in extenso del mismo, transcribiendo lo más sustancial de los juicios vertidos por el autor acerca de la obra y del personaje.

Además de todas sus bondades, el texto de Peña y Lillo enriquece su análisis con una matriz trascendente cristiana sobre la cual sustenta los juicios que emite.

Para quienes admiramos la Literatura Española, el texto de Peña y Lillo se vuelve material imprescindible que esperamos también sirva a nuestros alumnos de Pedagogía en Castellano.

SANTIAGO QUER ANTICH

SANTIAGO, octubre 1993 - enero 1994.

Sergio Peña y Lillo Lacassie : “El Príncipe de la Locura. Hacia una Psicología del Quijote”.
San Pablo, Santiago, 1993.

“DON QUIJOTE”

I. INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA NOVELA Y DEL PERSONAJE.

En el preámbulo de su estudio, Peña y Lillo hace una entusiasta introducción a la novela, que pretende situar en un contexto determinado; y nos insinúa una penetración, desde distintos ángulos, de un personaje tan enigmático como atrayente: Don Quijote de la Mancha.

Situados los lectores del ensayo que ya lo han sido de la novela en esta perspectiva, en el Preámbulo señala que la novela es una:

“Monumental alegoría de ese valeroso esfuerzo del hombre - tantas veces inútil - por imponer la virtud del ideal sobre el pragmatismo del mundo y por lograr trascender la mezquindad de lo cotidiano”. (Preámbulo, pág.9);

en consecuencia, Don Quijote

“Es un símbolo del hombre frente al mundo y del encuentro de su fantasía con la realidad”. (Preámbulo, 12).

En este espacio de confrontación, como señala Peña y Lillo, nace la novela, que comienza siendo una parodia de las novelas de caballerías, pero

“termina siendo una alegoría de lo humano, que nos conmueve y nos fascina con esa fuerza misteriosa de las leyendas y los mitos”. (Preámbulo, 12).

y que se transforma

“en una implacable ridiculización no ya de los caballeros andantes ni tampoco de la locura sino de la ramplona vulgaridad que puede disfrazar el ‘sano juicio’ en contraste con la paradójal sabiduría que suele anidar en el delirio. En efecto la obra - al menos leída hoy día - no resulta una sátira sino más bien una defensa de la ética superior y de la nobleza”. (Preámbulo, 13; subrayamos nosotros).

En cuanto al personaje, Don Quijote,

“- más allá de sus increíbles desatinos- nos transmite su entusiasmo y termina contagiándonos con la vitalidad de sus ensueños”. (Preámbulo, 13);

y psicológicamente es una

“existencia fronteriza entre la sabiduría y el absurdo, y está situado en el ‘cruce’ de la sensatez y del delirio”. (Preámbulo, 13; subrayado en el texto. Salvo indicación en contrario, todos los subrayados son del texto).

Literariamente

“su figura también es equívoca, desde el momento que se ubica en un espacio de encuentro entre dos lenguajes antitéticos: el maravilloso de las novelas de caballería y el cómico del género picaresco”. (Preámbulo, 14).

Todas estas características determinan que Don Quijote, pasado el primer momento en que nos mueven a risas sus excéntricas aventuras, no se nos presente como “un ser ridículo sino trágico” que “comprende bien el sentido práctico y utilitario del mundo, porque todo en él es generoso, honesto y sacro”. (Preámbulo, 15); es un personaje

“que representa esa heroica vocación del hombre que intenta siempre desbordar los límites de su existencia terrenal. Es por eso también que su descabellado propósito - aunque hijo de la locura - nos conmueve por la fuerza de su pasión”. (Preámbulo, 14).

Concluye Peña y Lillo, con Ortega, por las razones que ha aducido, que “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” no es un libro de escuela - como contenido de Literatura - porque, señala

“su estudio obligado - tal como se realiza en los colegios - sólo consigue que el alumno termine aborreciendo el libro”. (Preámbulo, 15).

De acuerdo con ese criterio - discutible en más de un aspecto-, concuerda con Ibáñez Langlois en el sentido de que es un libro que exige quietud interior.

El autor, en consecuencia, como se deduce del Preámbulo, se moverá, a lo largo de todo su examen, entre la obra y el personaje, que la llena con su gigantesca humanidad. La primera, la novela, la reputa de su tiempo - el Renacimiento - “por la claridad y belleza del estilo; el cual

constituye un velado elogio de la nobleza del ideal del hombre"; y del segundo, su protagonista, afirma, enfáticamente "que enternece por el candor infantil de su arrogancia y la inocente virtud de su pasión enajenada", en el cual, "la frontera entre la insensatez y la cordura" es imprecisa, lo que se constituye en el resorte de su comicidad, "que nos confunde y desconcierta y hace que el hidalgo (...) tenga un 'halo' de personalidad fantástica", pues, en su locura "coexisten la lógica y el absurdo".

No extraña, entonces, que tomando decidido y ardiente partido por Don Quijote finalice afirmando con singular energía

"que el noble hidalgo triunfó en su empresa, ya que logró establecer en el mundo - si no la práctica - al menos el ideal de la caballería andante, que es la única capaz de derrotar la mezquindad de la vida en una suerte de 'redención poética' del género humano. Es por eso que la virtud heroica del Ingenioso Hidalgo nos devuelve el optimismo ya que - al igual que Unamuno - estamos ciertos de que, aunque el Quijote ha muerto, Sancho vive y que algún día, '... se le hinchará de quijotismo el alma'" (Introducción, 34; subrayado nuestro y del autor).

En un análisis más sereno señala que la novela "hundió sus raíces" en uno de los dilemas más difíciles de resolver por el ser humano:

"la conciliación de los anhelos del alma con las exigencias pragmáticas de la vida terrenal". (Introduc. 19).

De ello tiene que haber tenido -valga la paradoja- inconsciente conciencia, Cervantes, porque si bien su novela es, en un principio, una parodia de las popularísimas novelas de caballerías, su parodia lo es

"sin sarcasmo, y de una ironía siempre sutil y delicada: una comicidad sin hiel, que lejos de ridiculizar, embellece a la figura del Ingenioso Hidalgo". (Introd. 23).

El humorismo que constituye la napa literaria sobre la que se construye la novela, no degrada la figura de Don Quijote, sino que la ennoblece. En este doble juego sutil, radicaría, entonces, el encanto de la novela, que trasunta humanidad, que hace que nos enternezcamos con

"el candor infantil de su arrogancia y la inocente virtud de su pasión enajenada". (Introd. 24),

que determina que la novela traspase con mucho los límites de la "ridiculización de los libros de caballerías". El "mundo enajenado" en que se mueve

“no es tampoco un acontecer errático ni un devenir de ideas caprichosas, sino un todo comprensible donde cada ocurrencia está vertebrada en el orden interno del delirio. Sus actos insensatos no son arbitrarios y forman parte de una locura que es -en sí misma- coherente y reflexiva y que, para decirlo en aquella frase que tanto deleitaba a nuestro hidalgo, surge de ‘la razón de la sinrazón’”.(Introd. 30).

Esta psicología de D. Quijote, que se mueve en la frontera entre la incertidumbre y la cordura “es la clave (de) la comicidad del relato”, pero es también “la que nos confunde y desconcierta” como lectores y hace que el Ingenioso Hidalgo, al cabo de unos capítulos, se nos aparezca aureolado con el “halo de (una) personalidad fantástica”.

Todo este cúmulo de impresiones del lector determina que

“al terminar la lectura de este incomprable libro, la lucidez del hidalgo nos produce -paradojalmente- un sentimiento de vacío y de nostalgia, porque su insólito delirio nos ha tocado en lo profundo de nuestra interioridad, despertando ese noble y generoso anhelo que duerme en el corazón del hombre”. (Introd. 34).

y que hace que admiremos y secretamente envidiemos al loco hidalgo de la Mancha.

Siempre colocado en la situación del lector, Peña y Lillo hace un acertado estudio de su psicología, que juega -quien lo duda- un importantísimo papel en la obra literaria. Se establece, afirma, un “‘diálogo’ entre el que escribe y el que lee”, del cual diálogo “nace la novela”, en el cual se establece “una suerte de ‘complicidad’ entre autor y lector, en que ambos “ ‘fingen creer’ que se trata de una realidad (...) de un ‘ser ficticio’ “, Don Quijote, que “depende exclusivamente de la imaginación del que lee, que es el que ‘suple a la figura literaria’” (capítulo I, La Psicopatología de ficción: 3.- La psicología del lector, 47, citando a Ortega y Gasset: “El estilo de la musa”).

Al respecto clarifica e ilumina nuestra perspectiva de lectores cuando señala que existirían dos psicologías literarias básicas:

“una en primera y otra en tercera persona, que se refieren -respectivamente- a lo que piensa y siente el héroe, y a los criterios y juicios implícitos en el contexto de la novela. Esta psicología en ‘tercera persona’ es como el fondo que resalta la figura y delimita su verdadero perfil psicológico. Es por eso que los personajes ficticios sólo son posibles inmersos en su ambientación narrativa”. (I, 3-49).

No basta, sin embargo, colocarse el lector en una perspectiva puramente psicológica al analizar la novela. Es necesario que el análisis comprenda el ángulo artístico de la novela, y a ese respecto el ensayista hace atinados juicios sobre lo artístico:

“lo artístico es, en el fondo, un modo de conocimiento -a través de la intuición- de la verdad y la belleza de la vida. (...) es un proceso intuitivo; es imagen y no concepto” (I, 1.- El artista y su obra, 36 y 37).

Pero entrando a la novela misma como género literario, que no es más que “una meditación sobre la vida” en que “el escritor habla por intermedio de sus criaturas ficticias” (I, 2.- Los héroes de la novela, 41, citando a Milan Kundera en “El Arte de la Novela”), señala que, entonces,

“el novelista está -literalmente- habitado por sus personajes. Son estos seres, los imaginarios, los que en realidad lo ‘fuerzan’ a escribir y mantienen, quiéralo o no el autor, su autonomía, ya que tienen algo así como un libreto propio que sólo les permite vivir la verdad interior que los anima”. (I, 2-41).

En consecuencia,

“Los ‘seres imaginarios’ (de la novela) (...) se encubren y germinan por sí mismos en las zonas inadvertidas de la creatividad. Es por eso que hemos dicho que al novelista lo habitan personajes”. (I, 2-44).

Por lo tanto, se establece de esta manera, un fuerte vínculo, complejo a la vez,

“entre el creador y lo creado (...) que supone múltiples eslabones sucesivos. En el caso de la novela, Jürgen Habermas señaló como los principales: el del hombre real que se proyecta en el escritor, el de éste que se proyecta en el personaje, y el de las propias criaturas que se proyectan en lo que imaginan ser”. (I, 2-43).

En esa perspectiva, y centrando el análisis en “El Ingenioso Hidalgo...”,

“don Quijote -como criatura imaginaria- sólo puede explicarse desde él mismo”. (I, 2-45).

II. LA PERSONALIDAD PSICOLÓGICA DE DON QUIJOTE

Peña y Lillo nos ha introducido en profundidad en la novela cervantina y en su personaje central; ha hecho un análisis completo e introductorio de ambos, desde la perspectiva del lector común y corriente, que relee o es inducido a releer en virtud de este análisis. Pero el ensayista es psicólogo y, por lo tanto, sin lugar a dudas, uno de los aspectos más atrayentes de su ensayo lo constituye el análisis psicológico que hace de la locura de Don Quijote.

A propósito de él, comienza afirmando que las actuaciones insensatas de Don Quijote

“se originan en dos evidencias falsas fundamentales: 1) que lo relatado en los libros de caballerías era verdad histórica, y, 2) que en su época - comienzos del siglo XVII- era posible resucitar la vida caballeresca en defensa del ideal”. (Capítulo II, El juego clínico: 2.- El análisis del delirio, pág.67).

Apunta que esta coherencia en el pensamiento del Hidalgo de la Mancha

“es característica del delirio de la paranoia que, por lo mismo, ha sido llamado locura razonante. También es propio de esta enfermedad -y exclusivo de su delirio- el que las convicciones insensatas movilicen emociones concordantes con las ideas, de tal modo que éstas, tal como ocurre en El Quijote, trascienden a la conducta y movilizan al enfermo de inmediato a la acción”. (II, 2-68).

Ahondado en el punto, Peña y Lillo nos ilustra, a partir de la etimología de paranoia, que alude a un comprender paralelo y parecido al conocimiento que

“como enfermedad mental, corresponde a una forma de locura lúcida que trastoca el significado de lo real de un modo sistemático y expansivo, tal como se observa en El Quijote”. (II, 3-74);

nos ilustra, repetimos, sobre la conducta de los paranoicos, como Don Quijote, que

“no ignoran lo real, pero tampoco lo aceptan por completo, sino que lo fusionan con sus propias fantasías y viven entremezclando con absoluta naturalidad lo verdadero y lo ilusorio. Es precisamente el caso de Don Quijote, para quien la realidad -ya distorsionada- se convierte en una arena en la que lucha y combate -con valor y decisión- movido por las certezas de su locura. Este rasgo que podríamos llamar ‘social’ del paranoico -(...)- es lo que determina, a su vez, el hecho de que estos

enfermos no sólo suponen sino que exigen que los demás compartan sus ideas y que actúen en conformidad con su delirio y se irritan -hasta la agresión- si alguien pone en duda sus convicciones insensatas". (II, 3-69).

Por lo tanto, la locura de Don Quijote

"se irá estructurando sobre ilusiones que son engaños sensoriales debido al componente afectivo del tema delirante". (II, 3-72).

Distínguense, nos enseña Peña y Lillo, dos tipos de paranoia: la paranoia vera y las reacciones paranoicas. La paranoia de Don Quijote se inscribe en este segundo grupo. Esta paranoia surge

"a cualquier edad por hechos o situaciones de intensa carga afectiva y -lo que es más decisivo- sobre una personalidad previa paranoica, que puede ser de cualquier tipo y, en ocasiones, corresponde a un carácter normal";

que en el caso de Don Quijote, debido

"a una exaltación emocional patológica que quebró transitoriamente la dirección normal de su psiquismo y que -por la edad del comienzo- no fue una forma senil sino pre-senil de la enfermedad". (II, 3-75).

La personalidad paranoica de Don Quijote está centrada en el delirio, un delirio que no lo es más que de grandeza -casi un delirio de enormidad lo califica Peña y Lillo-, que hace que no confíe "del mundo ni de nadie" y que se apoye únicamente "en su entusiasmo, en el vigor de su coraje y en la fuerza de su espada" (II, 3-77). A mayor abundamiento el delirio de Don Quijote

"tiene los tres elementos clínicos que caracterizan a las reacciones paranoicas: 1) comienzo tardío y no a partir de los 30 años como es lo habitual en los desarrollos; 2) existencia clara de la situación desencadenante: la exaltación emocional que le produjeron los libros de caballería, cuya excesiva lectura hizo que sus hazañas heroicas 'se le subieran a la cabeza' actualizando el delirio; y 3) la existencia de una personalidad previa normal y equilibrada". (II, 3-77);

razón, esta última, por la cual, Don Quijote conserva "su suavidad bondadosa" (II, 3-76).

A propósito de esta tercera característica de la paranoia, Peña y Lillo ahonda en la de Don Quijote y afirma que

“la personalidad previa del Quijote fue normal y, (...) sus rasgos más característicos eran la sobriedad y bonhomía, con un temperamento activo y propenso a la aventura (...). Pero lo más decisivo, sin duda, era su generosidad de alma, que lo hizo apodar ‘don Alonso Quijano el Bueno’. Es por eso que el Quijote no mostrará jamás esa ‘dureza fría’ de los clásicos paranoicos, y, a través de todo su delirio, traslucirá siempre la finura y el gentil señorío de su disposición innata (...). Fue un hombre de armas, pero sin ánimo de crueldad y nunca mató ni hirió a nadie. Durante su locura amaba el combate personal y heroico, pero no así la violencia anónima de las matanzas inhumanas”. (II, 3-80 a 81).

De ahí

“que, al enfermar configuró un tipo de locura que llamaría Paranoia Blanda (aunque) no existe el concepto en la tipología de la enfermedad. No obstante, lo proponemos por parecernos el más adecuado para designar la extraña locura del Quijote; tan dulce como bizarra, tan ética como generosa, tan romántica como insensata”. (II, 3-81).

Paranoia blanda que además fue una paranoia feliz porque

“a pesar de los continuos desastres de sus aventuras y de sus frecuentes padecimientos físicos, su ánimo permaneció siempre alegre y ningún fracaso ni los continuos ‘engaños’ del siniestro Frestón, lograron perturbar la placidez del encantado mundo de sus fantasías”. (II, 3-81 a 82).

Infiere de este análisis en hondura, Peña y Lillo, entusiasmado, pero más que entusiasmado, enamorado del personaje, que

“Definitivamente nuestro hidalgo tuvo una ‘locura espléndida’ y vivió embelesado, inmerso en un mundo mágico hecho de fabulosas promesas y de quiméricas fantasías. (...) me inclino a pensar que el Quijote fue feliz, simplemente porque se lo merecía, por una especie de ‘justicia interior’ de la locura hacia un hombre de espíritu tan límpido y generoso y de una bondad tan ingenua y transparente como el alma de un niño”. (II, 3-82).

Por eso, concluye, echando mano de lo que llama “analogía gramático-simbólica” si

“viéramos la racionalidad del hombre como la prosa, la locura sería su poesía; y el ‘sentido común’ -(...)- sería algo así como la denotación de las metáforas. Desde esta perspectiva, bien podría decirse que el delirio del Quijote constituye un ‘poema’ dentro de un ‘libro en prosa’. (II, 5: Las interpretaciones psicológicas - 109).

Esta paranoia determina, en consecuencia, que en la personalidad de Don Alonso Quijano en Bueno, se produzca la quijotización, en la cual se pueden distinguir

“dos momentos sucesivos de distinta naturaleza psicopatológica: 1) el surgimiento de la nueva identidad; 2) la elección del nuevo nombre. El primero es el fenómeno propiamente delirante; el segundo es sólo una consecuencia lógica y necesaria. Puede decirse, incluso, que tanto la elección de su nombre caballeresco como el de Rocinante y Dulcinea, están ya implícitos en su cambio de identidad y -en cierto modo- son necesarios”. (II, 4.- La quijotización de Alonso Quijano - 85).

Desde esta perspectiva psicológica, afirma el ensayista, la novela puede ser vista

“como la búsqueda de don Alonso Quijano de una expansión de su destino y -por lo mismo- requiere cambiar su nombre por uno que refleje más adecuadamente su nueva personalidad”. (Idem).

Peña y Lillo hace un exhaustivo análisis del momento del cambio de identidad, el cual

“surgió como una intuición, consecuencia o ‘cristalización’ de la atmósfera afectiva ya exaltada por las lecturas, y que lo llevó al convencimiento de que estaba llamado a ‘restablecer el mundo de la caballería andante’. En otras palabras, el cambio de identidad es el primer indicio de que la exaltación anormal de la fantasía se había transformado en el comienzo de la eclosión delirante”. (II, 4-86).

Estamos aquí frente a un fenómeno de

“transitivismo sustitutivo (...), que suplanta a la identidad real y es por eso que no la recuerda”. (Transitivismo= “pérdida de las ‘fronteras del yo’, con desaparición de la normal diferencia entre lo ajeno y lo personal”). (II, 4-94 y nota en la misma página).

Finalizado este examen psiquiátrico de la personalidad de Don Quijote, el lector atento de la novela suprema de Cervantes se pregunta cómo Don Alonso Quijano cayó en la locura de la caballería andante por la sola lectura de las novelas que daban cuenta de las hazañas de tan invencibles paladines y Peña y Lillo indica dos tipos de respuesta que pueden darse a esa pregunta: una médica y otra psicológica, y dentro de esta última presenta también la del análisis freudiano.

El primer tipo de respuesta, estrictamente médica

“es que debió tener una predisposición genética para enfermar de una paranoia presenil y que la obsesión por los libros de caballería sólo constituyó el tema de su monomanía delirante; y la segunda -psicológica- nos lleva a presumir (...) la eventual existencia de un deseo insatisfecho y de un oculto deseo de aventuras, talvez debido a una frustración vital que nos es desconocida”. (II, 4-95).

Psicológicamente, puestos a ubicar el delirio quijotesco en el terreno freudiano de los complejos, es necesario inventar uno para Don Quijote, que escapa de las categorías freudianas:

“un Complejo de Hércules, o mejor aún, de Aquiles (...) ya que el Quijote -al igual que el semidios helénico- sólo anhela la fama y la gloria y nada teme, confiando ciegamente ‘en la fuerza de su brazo y de su espada’”. (II, 5.- Las interpretaciones psicológicas - 103).

Termina este examen Peña y Lillo retrotrayéndonos a la novela misma, la cual, a su juicio, fue concebida por la inspiración, que define como

“esa capacidad intuitiva de los grandes genios para percibir en hondura el drama de la vida y los signos tanto de la pequeñez como de la grandeza humana”. (II, 1.- Los modelos clínicos - 57).

Y a propósito de este examen tan en profundidad que ha hecho de la novela cervantina, prorrumpe y remata en un entusiasta ditirambo: hay en la personalidad de Don Quijote un plus, constituido, por un ethos y un pathos:

“el pathos sin el cual el Quijote no sería lo que es; su capacidad de conmovernos por la impotencia de su generoso ensueño frente a la mezquina realidad. Pero hay también en la extraña lucidez de su delirio y en la virtud de su mundo ilusorio y alienado, un ethos que es promesa y esperanza de un posible ‘reencantamiento del mundo’ a través del ideal y la fantasía. Por esto el Quijote es mucho más que un loco; es un símbolo de la espiritualidad del hombre que se sobrepone a lo cotidiano; un eco de ese anhelo que anida en lo más ingénito de la conciencia y que (...) era el origen de la melancólica nostalgia del alma, privada de la belleza original por la vulgaridad del entendimiento y de los sentidos”. (II, 5-111; subrayado nuestro).

III. QUIJOTISMO Y SANCHOPANCISMO

Hemos comprobado como en Alonso Quijano, el Bueno, se ha declarado una paranoia que ha desembocado en el cambio de identidad, pero no sólo eso, sino que todo ese proceso se ha traducido en el quijotismo, que contrasta en un principio con la personalidad del escudero Sancho Panza, cuyos rasgos podríamos definir como sanchopancismo, el cual, lentamente, en virtud del contacto con Don Quijote, se va transformando en quijotismo, así como el quijotismo se inficiona de sanchopancismo, pero sin que en ninguno de los dos casos desaparezca la identidad esencial.

Ambos complejos procesos psicológicos los estudia con su profundidad científica característica, tocada por su devoción y amor a la obra cervantina y sus personajes, Peña y Lillo, procesos que por separado y sobre los cuales gira toda la acción de "El Ingenioso Hidalgo...".

La "singular silueta psicológica" de Don Quijote es, a su juicio,

"el 'alma' del 'Quijote', aquello que lo distingue de cualquier otro loco y lo hace ser lo que es, y donde se esconde -más allá de la comicidad de sus desatinos- el secreto de su cautivador encanto". (Capítulo III, El quijotismo; pág. 114).

La personalidad de Don Quijote, la estructura de su quijotismo, es realmente sorprendente, ya que cuando el hidalgo manchego no está cogido por su delirio, llama la atención

"la nobleza de su señorío y de su generosidad, la cortesía de su trato, su liberalidad de juicio, su amor por la justicia, su franqueza y su confiada ingenuidad, carente de sospecha y de cautela. Con razón Américo Castro -refiriéndose a la fresca lozanía anímica del hidalgo- que 'tenía seco el cerebro pero sublime en alma'". (III, 114 a 115).

La conducta vigorosamente virtuosa que observa, por otra parte,

"no es rígida ni mojigata, sino, por el contrario, llena de liviandad y de gracia. (...). El propio Quijote lo reconocerá con sencillez y elegancia (dirigiéndose a Sancho Panza) ante las exageradas alabanzas y los elogios de Maese Pedro (...): 'doy gracias al cielo que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre ha hacer bien a todos y mal a ninguno'". (III, 115).

Como ya lo señalara el autor con anterioridad -y lo consignamos nosotros- el quijotismo, separado del delirio, está compuesto por un ethos que es la disposición intelectual de Don Quijote,

caracterizado por

“su ideal romántico y (...) sus elevadas reflexiones”;

y un pathos que denota su “tono emocional” que es “la clave de su actitud heroica y generosa” (III, 116). Pero

“lo esencial del quijotismo es no estar al servicio de la autoimagen vanidosa sino del honor y de su virtud heroica, que conducen a la fama merecida. En realidad, al Quijote no le interesó jamás el juicio de los otros ni buscó aprobación alguna, sino sólo el respeto y el premio -que estimaba natural y legítimo- al valor y al sacrificio por un noble ideal”. (III, 1.- El quijotismo clínico - 122).

Antes ya había apuntado Peña y Lillo que no hay en Don Quijote, orgullo personal

“sino una búsqueda abstracta del honor, que no se contrapone a la sencillez y aún a la humildad, tanto para aceptar sus derrotas como para hablar de sus méritos que los atribuye al poder propio de la caballería andante. La aparente soberbia, entonces, no es caracterológica sino delirante y, de algún modo, surge de la certeza de una íntima responsabilidad y del ‘presentimiento de una grandeza misteriosa’”. (II, 1.- El análisis del delirio, citando a De Pascoes - 78).

El quijotismo como modelo psicológico es bifronte, tiene dos vertientes:

“1) una visión idealizada y romántica de la realidad; y 2) una compulsión a intervenir en los problemas ajenos sin ser requerido. Estos dos componentes están intrínsecamente vinculados y son igualmente esenciales de tal modo que la ausencia de uno de ellos desdibuja y desvanece de inmediato el concepto (de quijotismo)”. (III - 117).

que

“puede ser leve o excesivo, superior o inferior, concreto o simbólico, dando origen, respectivamente, a lo que podría llamarse: un quijotismo clínico; un quijotismo ético; y un quijotismo alegórico”. (III, 116 a 117).

El primer tipo de quijotismo, estaría caracterizado por el síndrome de los molinos de viento y el de desfacer entuertos (III, 1.- El quijotismo clínico - 118); el segundo, el ético, que es el que más profundamente estudia y nos descubre el autor, atraído por “las altas virtudes” que muestra el héroe, se distinguiría porque

“el acento de la conducta está orientado -exclusivamente- al bien del otro y que, en lo general, ya no se percibe vanidad ni orgullo sino sólo la legítima satisfacción del servicio fraterno”. (III, 2.- El quijotismo ético - 123).

que

“-eso sí- siempre sobrepasando la voluntad y deseos del propio afectado, (...). (...), se trata de una ayuda desinteresada pero que no se ofrece sino que se impone, desde un valor primario y autónomo de justicia quijotesca. (...). En el verdadero quijotismo, es básica la existencia compulsiva a realizar ‘acciones bienhechoras’ aún ante el rechazo del favorecido y con absoluta prescindencia de los resultados, del fracaso de la empresa, de la burla o del escarnio. Es por eso que la actitud del quijotismo ético, aunque de inspiración virtuosa y superior, siempre termina siendo arbitraria”. (III, 2-123).

Este quijotismo ético reconoce su centro en la justicia, que es “la más notable” de sus “actitudes éticas”; una justicia que

“nos asombra por su insólita ponderación y equilibrio en el uso de las sanciones que -más allá del candor de su locura- satisface, sin traiciones, la ecuanimidad superior de la más genuina ética”. (III, 2-123 a 124);

una justicia que no reconoce más ley

“que su espada; ni otro código que su voluntad. Pero esto no impide que, además de su criterio y de la fuerza de su brazo, se someta -con humildad- al tribunal que estima más legítimo y decisivo: el de la misericordia del ‘juicio de Dios’”. (III, 2-124).

Tan acentuada es esta faceta ética del quijotismo que

“Las ‘obras de encantamiento’ -que forman parte del delirio- tampoco impiden tener una severa conciencia autocrítica y atribuir sus descabros exclusivamente a su propia inutilidad y torpeza. Son estos rasgos superiores de su ética los que en gran medida explican que, a pesar de la extravagancia de sus desatinos, el Quijote no resulte jamás un ‘ser ridículo’; sin duda nos hace reír, pero también nos conmueve por la nobleza de su alma y la heroica virtud de su anhelo”. (III, 2-125 a 126).

A propósito de este rasgo, el ensayista ha desechado la imputación de orgullo personal que podría achacarse a Don Quijote. El pretendido orgullo personal con que algunos han pretendido

motejar al hidalgo manchego,

“corresponde a la propia y necesaria dignidad de un caballero andante. Es por lo mismo que en su locura no aparecen los típicos delirios de genealogía o de linaje, tan frecuentes en las paranoias, sino más bien un delirio de ‘nobleza de alma’. Es debido a ello que el acento de su actuar no estará nunca en un egocentrismo vanidoso, sino en el señorío de quien está al servicio de algo superior, del valor heroico, de la virtud y de la ética”. (II, 3-79).

El quijotismo alegórico, por último, estaría en

“su extraña mezcla de insensatez y cordura, de ingenuidad y de sabiduría, y esa ‘intromisión de lo cómico en lo heroico’ de que hablaba Menéndez Pidal (que) lo convierten en un símbolo del anhelo conmovedor del hombre que lucha siempre contra lo imposible, oscilando entre lo sublime y lo ridículo”. (III, 3.- El quijotismo alegórico - 127).

Finaliza este interesante examen del quijotismo desde esta perspectiva psicológica, subrayando el ensayista que es en este quijotismo que subyace en su personalidad, donde podemos percibir la maciza humanidad del personaje (III, 3-127); y enfatiza que la “idealización romántica de lo real” es uno de “los componentes básicos” del quijotismo y

“es casi de por sí un símbolo del anhelo espiritual del hombre, que no se resignará nunca, a renunciar a lo maravilloso y a defender -contra todos los mercaderes de lo real- el ideal superior de la ilusión y la fantasía”. (III, 3-128).

Concluido el examen del quijotismo en sus rasgos sobresalientes, el autor nos sumerge en el correspondiente al sanchopancismo y comienza afirmando que se ha simplificado en exceso la figura de Sancho Panza:

“su silueta anímica está muy lejos de ser unívoca y constituye un entrecruce de diversas tendencias conductuales y psicoafectivas. Sin duda, en Sancho hay simpleza, ambición y vulgaridad, pero también hay impulsos generosos, una inteligencia despierta y, sobre todo, una notable lealtad (que, de acuerdo a lo apuntado por Turgueneff) no siempre provenía de un afán de lucro sino que ‘arraigan en esa capacidad del pueblo de abrazar toda causa que estima honrada’ (...). (Su carácter (...) oscila entre la bonhomía y la malicia, entre lo astuto y lo veraz”. (Capítulo IV, El sanchopancismo, pág. 129).

El autor nos induce a que fijemos nuestra atención en el vínculo que hermana a Don Quijote y Sancho Panza, en quienes

“circula ‘la jugosa sabia cervantina que los hermana’ (dirá Salvador de Madariaga). Incluso, en el curso de sus aventuras se irán acercando gradualmente a través de una influencia mutua que, para algunos, es el mayor encanto y el más hondo acierto del libro”. (IV, 130).

Así, Sancho, el escudero

“se irá convirtiendo en una especie de eco de Don Quijote, un admirador y un reflejo de sus elevadas ilusiones. El fiel criado, puede decirse, que fue discípulo del Ingenioso Hidalgo; (...) ‘su único discípulo’”. (IV - 130, citando a Joan Ramón Mesina).

Ello determinará que aunque Sancho es

“sagaz en lo concreto y pueril en lo abstracto (...) se rendirá fácilmente al pensamiento superior de su amo a quien admira y ama con ternura”. (IV - 130).

Lo que realmente sucede en esta aparente simplicidad del sanchopancismo es que

“en el fondo, Sancho es ‘cautivado’ por su amo y doblegará su realismo ingenuo ante ‘la magia del Quijote’. Por esto lo servirá (...) aún dándose cuenta a medias de su locura, ya que siempre vaciló confundido ante ‘un enigma apasionante que no queda nunca del todo aclarado’”. (IV, 133, citando a Ibáñez Langlois);

“no sólo lo quiere sino que lo admira, pero, percibiendo su ingenua vulnerabilidad, lo protege como a un niño y llorará su muerte con la pena más honda y más sincera. Ante el Quijote moribundo, Sancho nos abre de par en par su corazón; toda su astucia o mezquindad se desvanece y su ‘álma desnuda’ nos muestra sus más tiernas delicadezas”. (IV, 134).

Lo que individualiza, sin embargo, e identifica con certeza a Sancho, es que

“representa lo anti - poético, ya que cumple, precisamente, ‘la función de imponer la realidad frente a lo imaginario’ (Julián Marías). (IV, 130).

De ahí que vea

“a Don Quijote como Don Quijote, a diferencia del cura y del barbero que sólo ven a Don Alonso Quijano trastornado”. (IV, 131).

Y afirma el ensayista, apoyándose en la autoridad de Julián Marías, que aunque

“las circunstancias de Don Quijote y Sancho son distintas, porque uno está loco y el otro cuerdo, son, sin embargo, comunicantes, ya que no sólo existen sino que conviven y, así, aunque Sancho descalifique la perspectiva de su amo (...) ‘la conoce, la ve desde dentro, la entiende y está asociado a ella’”. (IV, 135, citando a Romero Flores).

Perfilada de esta manera la figura de Sancho, el ensayista nos muestra las que podemos calificar como cualidades de su personalidad:

“lo característico de Sancho es precisamente su juicio afinado, su capacidad de aprendizaje y su comprensión lúcida de las situaciones. Incluso, esta potencialidad expansiva de su inteligencia natural ha llevado a compararlo con un ‘intelectual latente’, ya que asimila con increíble rapidez las enseñanzas del pensamiento de su amo. Podría decirse entonces -en el plano de los modelos psicológicos- que si el Quijote pertenece al tipo loco - cuerdo, Sancho es el tonto - discreto”. (IV, 131). Y la lealtad y admiración hacia Don Quijote, ésta desencadenante de aquélla, como podemos inferir de los párrafos arriba transcritos.

Pese a la recia individualidad de Don Quijote y a la que va desenvolviéndose en Sancho, en tanto convive con su amo, podemos concluir que

“tanto el Amo como su Escudero configuran un armónico contrapunto, que refleja la dualidad intrínseca del psiquismo, tanto en el conocimiento del mundo como en la ética del propósito. Así (...) adquieren el valor de símbolos arquetípicos de esa dualidad individual de las tendencias básicas de la conciencia: el ideal noble y romántico y la sensualidad prosaica de la vida”. (IV, 134);

son

“más símbolos que personajes tomados de un realismo folklórico y, en el fondo, configuran arquetipos de direcciones polares del psiquismo humano”. (Introd., 27).

Si hacemos, de la mano de Peña y Lillo, un análisis psicológico del sanchopancismo,

podemos afirmar que lo más relevante, desde este punto de vista, es lo que el autor denomina ambigüedad ética, ya que

“sabiendo que su amo está loco y percibiendo con claridad los hechos, cuando le conviene a sus intereses, cree en las ilusiones de Don Quijote con sospechosa facilidad”. (IV, 133);

y

“su tendencia a simplificar la vida, disfrutando de los goces materiales de la existencia y eludiendo toda confrontación ingrata o conflictiva”. (IV, 134);

tendencias éstas o disposiciones “íntimamente vinculadas y que se sostienen mutuamente”. (IV, 135).

Puestos en esta órbita, podemos distinguir un sanchopancismo trivial, que pasa, generalmente, inadvertido, y un sanchopancismo patológico o clínico

“que altera la convivencia interpersonal con la doblez de un carácter que lo priva en absoluto de credibilidad”. (IV, 135),

fruto de la ambigüedad ética anteriormente caracterizada que denuncia un doble estándar ético.

“este sanchopancismo ético (...) estaría dado por la bonhomía y la flexibilidad anímica que permite adaptarse fácilmente a las diferentes modalidades de la situación ambiental”. (IV, 135 a 136).

que Peña y Lillo proyecta a una actitud humana general específica -“personalidades fáciles” las llama- que se caracterizaría “por la ausencia del vigor autoafirmativo de la plenitud de la conciencia individual”. (IV, 135 a 136).

Este estudio que ha hecho del quijotismo y sanchopancismo y de los protagonistas, lo profundiza en el capítulo VII del ensayo, luego y a propósito del examen que hace de las dos más famosas hazañas de Don Quijote: la de los molinos de viento, analizada en el capítulo V; y la de la cueva de Montesinos, capítulo VI. Ello porque

“el Quijote es impensable sin Sancho y, aislado, constituye una figura incompleta y abortiva. Se ha dicho, en este sentido, que durante su primera salida -antes de la aparición del escudero- nuestro hidalgo fue sólo un protoquijote”. (Capítulo VII, El amo y su escudero, pág. 157, aludiendo al juicio de José Echeverría).

Don Quijote y Sancho constituyen, en consecuencia, una conjunción, y a propósito de ella, emprende el ensayista un examen profundo en su precisión, del amo y del escudero, que, a su juicio, son

“figuras polares, pero no puede decirse que exista sobre ellos una relación de tipo protagonista - antagonista, ya que más que una oposición existe entre ambos un ‘diálogo’ complementario que irá culminando en el mutuo contagio y en la mutua identificación hasta el extremo de una inversión de papeles y así -en el lecho de muerte del hidalgo-, será Sancho el que desee volver a la acción y continuar las aventuras”. (VII, 157);

a tal punto se da esta conjunción, que puede afirmarse sin margen de error,

“que el Quijote y Sancho -en conjunto- constituyen el verdadero héroe de la novela; algo así como un único ‘personaje de doble voz’”. (VII, 157, citando a Vallejo - Nájera).

De ello se concluye que esta conjunción, en lo psicológico es bifronte, por cuanto

“Sancho -en lo cognitivo- representa la comprensión concreta del mundo y el Quijote, en cambio, esa mirada ilusoria que, si bien deforma la realidad, es también la única capaz de ver ‘por detrás de las cosas’”. (VII, 160).

Hecho este primer examen del conjunto -unión de ambos personajes, analiza dos dimensiones de ellos: el tiempo y la figura, que son contrastantes dentro de esta conjunción. Del contraste temporal entre Don Quijote y Sancho se ha ocupado José Echeverría, al cual ha recurrido más de una vez en el examen que ha hecho de la obra cervantina, Peña y Lillo:

“Sancho vive una temporalidad cíclica: el tiempo de la naturaleza y de sus ritmos agrarios. Es un tiempo redondo, que se cierra sobre sí mismo en círculos reiterativos. Esta temporalidad se refleja, entre otros rasgos, en su búsqueda de seguridad e, incluso, en el uso y abuso de los refranes, que son las ideas repetidas de una cultura. El Quijote, en cambio, vive una temporalidad abierta, en un ‘rumbo vital hacia adelante’; es el tiempo de la aventura que se entrega a lo impredecible”. (VII; 163).

El contraste en cuanto a las figuras corporales de Don Quijote y Sancho, no es menos interesante. Al darle tan definida corporeidad a sus personajes, Cervantes, dando muestras evidentes de su genio,

“se adelantó esta vez unos 300 años, a los actuales conocimientos sobre los biotipos temperamentales y las correlaciones somato -psíquicas. El

cuerpo, en realidad, no es un mero 'revestimiento material' de lo anímico como podría desprenderse del sentido etimológico del vocablo (Karpó: cáscara), sino que constituye un aspecto esencial de lo humano; algo así como la 'somatización de la conciencia' y una extensión del 'psiquismo de la figura'. De ahí su carácter expresivo y revelador de la intimidad". (VII, 165).

Desde esta perspectiva, Sancho tiene una constitución pícnica (es bajo y gordo)

"que se correlaciona con un temperamento ciclotímico caracterizado por la extroversión y la sociabilidad apacible".

En cambio, Don Quijote tiene una constitución leptosómica (es alto y enjuto), constitución

"que se correlaciona con el temperamento esquizotímico, caracterizado por la introversión, el predominio de la racionalidad y la tendencia a comportamientos individualistas y bizarros. (...). Estos temperamentos, además, conllevan una cierta connotación ética, aunque no absoluta. Y así, en su sentido psicológico - simbólico, (...) el somatipo del Quijote se vincula a la dimensión superior del idealismo ascético, y la de Sancho, por el contrario, a la inferior de los instintos vitales". (VII, 164-165).

Y acorde con la tipología nietzschiana, Don Quijote sería apolíneo y Sancho, dionisiaco, tendencias que se refieren, una, "al ensueño superior del alma" y a la otra "a la embriaguez voluptuosa de la vida". (VII, 165).

A propósito de este contraste, concluye Peña y Lillo:

"todos tenemos algo del Quijote y de Sancho en nuestra 'ecuación anímica individual' y es el ideal generoso el que nos salva de la vulgaridad, del mismo modo que el realismo pragmático nos protege de la locura. Es nuestro 'Quijote interno' el que nos inspira los nobles propósitos y despierta en nosotros el anhelo superior de belleza y poesía y es nuestro 'Sancho íntimo' el que nos liga y nos sujeta al mundo, deteniendo el ímpetu ilimitado del ensueño. Algo similar a los que intentan hacer el 'cura' y el 'bachiller' -corifeos del sano juicio- al tratar de impedirle al Quijote su fantástico vuelo imaginario. Es necesario reconocer que, más allá del embrujo y la fascinación de lo poético, es sólo la armonía y el correcto equilibrio de estas dos tendencias lo que puede conducirnos a la paz del alma y a la adecuación de la vida. No es extraño, entonces, que en la propia novela se vaya produciendo entre amo y escudero un progresivo contagio mutuo, que será el preludio de la recuperación del juicio que -a su vez- anunciará el paso hacia un nuevo nivel de existencia superior". (VII, 170).

Finaliza este interesante y exhaustivo examen de la conjunción protagónica Don Quijote -Sancho, con un examen no menos profundo de la quijotización de Sancho, asentada en una "profunda ternura" del escudero hacia su amo -que Peña y Lillo ha resaltado más de una vez- y en la "admiración y el amor", todo lo cual se conjuga para doblegar

"su realismo práctico al poder sugestivo del vuelo imaginario de su amo -(que) no excluye la crítica ni el reproche, ni tampoco la ironía y aún la burla. (...). Se observa, además, (...) un despertar de los sentimientos vanidosos, que le llevarán al extremo de pretender una suerte de igualdad con su amo. (...). Pero también el desengaño se encargará de ir limitando las vanidades de Sancho y así (...) renunciará a sus ambiciones banales, pero perderá en cambio, el enriquecimiento de su personalidad y su nueva auto -estima, ya que ha sido- para siempre -engrandecido a través del contacto con el generoso espíritu del Quijote y del superior anhelo de su locura". (VII, 169).

No obstante esta quijotización, en cuanto "no pierda la cordura" va a

"coincidir precisamente con la declinación del entusiasmo del Quijote que se irá aproximando -lentamente- de la ilusión a la realidad. (...). Lentamente irá apareciendo en el psiquismo del Quijote un 'halo' de pesimismo sereno que -para Salvador de Madariaga- era lo propio del 'desengaño de las inteligencias nobles'. Paradojamente, mientras Sancho se contagia cada vez más con las ilusiones de su señor, el Quijote va desfalleciendo en el vigor de su ánimo y se va apoyando en el sentido común de su escudero. (...). Lo que ocurre es que se va produciendo un cambio en el interior de su locura, que se hace cada vez menos ilusoria y más reflexiva, predominando ahora las ideas y los juicios delirantes sobre los engaños sensoriales". (VII, 166-167).

La quijotización de Sancho, que es el personaje que experimenta más modificaciones en el transcurso de la novela, es producto de

"un progresivo refinamiento de los valores y un cambio de los valores y un cambio de su pensamiento que comienza '-a imitar algo de la elocuencia y de la fantástica ilusión de su amo. No sólo irá adquiriendo más nobleza y originalidad sino que llegará incluso a utilizar 'arcaísmos de los libros de caballería'. Su pensamiento se modificará de tal modo que hasta su esposa lo escuchará con asombro y sin comprenderlo". (VII, 166).

El autor llama la atención hacia el hecho que este "proceso de contagio", como lo llama, que se da entre Don Quijote y Sancho, que produce la quijotización de éste y la sanchificación de aquél, tiene lugar

“en el período previo a la lucidez de la agonía, como si simbolizara ese superior equilibrio de la ‘ecuación anímica’ que debe alcanzar todo hombre antes de morir, si desea traspasar -con lucidez- el umbral que lo lleva al más allá”. (VII, 171).

Desde un ángulo psicológico, estos “siameses literarios” que son Don Quijote y Sancho,

“reflejan el doble nivel (...) de la experiencia anímica: el anverso y el reverso del propósito y de la ética; el noble anhelo del ideal y la mezquindad práctica de la vida. En lo literario ocurre algo similar, ya que será a través del ‘diálogo’ con Sancho que se irá develando la espléndida figura del hidalgo. Es, (...), el escudero con su sentido común en que destaca -al igual que el coro griego- la silueta del héroe, permitiendo el desarrollo del tema central de la novela: la antítesis del idealismo insensato con el realismo práctico; el equívoco contraste entre los sueños quiméricos del Quijote y la trivialidad de Sancho y sus refranes, entre el encanto fascinante del delirio y la opacidad lógica de la razón. El contrapunto es evidente, pero no debe caerse en simplificaciones. No se trata de una mera antinomia idealismo-realismo, ya que sus personalidades (...) son mucho más complejas y además, por ser hombres, ambos ‘viven con medio espíritu en lo imaginario’ “. (VII; 159, aludiendo a Antonio Machado y citando a Umberto Eco).

Esta “paradojal similitud”, como la caracteriza Peña y Lillo,

“obedece talvez a esa mutua simpatía que hermana a quienes comparten la espontánea sinceridad y la pureza de corazón (.../_ y _/) reflejan la dialéctica unitaria de una polaridad anímica presente en todos los individuos y -por lo mismo- ambos adquieren el carácter de figuras arquetípicas ya que aluden a aspectos constitutivos y permanentes de lo humano”. (VII, 159).

IV. DULCINEA DEL TOBOSO

El triángulo de personajes centrales de “El Ingenioso Hidalgo” se completa con Dulcinea, motor de todas las acciones del Quijote, a quien también estudia Peña y Lillo, que afirma que si bien “Todo en el Quijote es intenso y desmedido, pero no necesariamente patológico” no tiene esas características “su idealizado amor por Dulcinea” e indica que aunque “con sarcasmo” se ha dicho “que sólo un loco transforma a una labradora en princesa”, el amor de Don Quijote “tiene elementos que no son delirantes y aún sutiles matices emotivos propios del amor normal. Es por eso -concluye- que, si bien ilusorio, no resulta jamás ridículo sino más bien cautiva y nos asombra por la fuerza viril de su fidelidad y la casta virtud de su pureza”. (Capítulo VIII, Dulcinea, pág. 173).

Posiblemente la razón de ello se encuentra en que

“Dulcinea -como mujer- encarna la perfección del ideal femenino y -como símbolo- la esencia de la virtud. Es por eso que el amor del hidalgo - esencialmente platónico- nace de aquella percepción de la belleza que sólo se ve ‘con los ojos del espíritu’; esa mirada superior que permite ver en el interior de las cosas. Dulcinea, en realidad, representa esa virtud del alma que es el íntimo secreto de la armonía de la vida humana. Así se explica que el Quijote -inconsciente de la magnitud de su idealización- no pueda comprender que los valores de su dama no son evidentes para todos los hombres, aun cuando jamás la hayan visto”. (VIII, 173).

Esta idealización se convierte en el

“andamiaje que sostiene el delirio dándole sentido a sus ‘hazañas’ y a sus disparatados desvaríos”. (VIII, 174).

Fundamentados estos juicios preliminares sobre la razón de las desmesuradas hazañas del hidalgo de la Mancha, el ensayista estudia los caracteres que presenta el amor de Don Quijote hacia Dulcinea. Este amor “es delicadamente casto y sin el menor asomo de sensualidad”, lo cual hasta cierto punto, se explicaría porque Don Quijote “nunca se interesó en darle curso natural a sus amores, porque no amaba a un ser concreto sino a un ideal, con esa pasión de los solitarios que se nutre a sí misma en su recato”. Su amor está hecho

“tanto de ilusión como de renuncia; de esa mezcla infrecuente que caracteriza a los amores ideales, que no buscan ni el deleite ni el dominio del amado y que sólo se satisfacen en su propio anhelo”. (VIII, 174),

en la “sustancia” intangible de los sueños”. Sin embargo, no debemos pensar que esta idealización que hace el Caballero de la Triste Figura es producto de su delirio, sino que lo es

“del misterio del amor, ya que lo que amamos en un ser concreto es siempre la esencia de la virtud y de la belleza proyectadas”. (VIII, 179).

Este amor de Don Quijote es, que duda cabe, un amor platónico, pero no es el amor a una idea -no confundirlo con idealización-, sino que es plenamente el

“amor de un hombre que ama a una mujer”, sólo con esa timidez tan típica de los héroes que no conocen, en cambio, el temor y la vacilación en el combate. Es por eso que su amor idealizado -aunque hijo de la locura- nos conmueve por su elevación espiritual. Fue un amor limpio y casto, (...) de una increíble fidelidad”. (VIII, 183),

lo cual es una “garantía de la reciedumbre del compromiso” amoroso, -que se convertirá en Don Quijote en un compromiso vital, ya que “en sus continuas derrotas reconocerá el fracaso y aceptará su humillación, pero no traicionará jamás su amor por Dulcinea”. (VIII; 184).

Respecto al personaje mismo de Dulcinea, llama el ensayista nuestra atención hacia la notable

“sutileza con que Cervantes trata a este ‘personaje’ que jamás asomará en las páginas del libro. Dulcinea es la ‘sombra femenina’ del Quijote y por lo mismo (...) no será una mujer sino un enigma; una silueta y el perfil undívago de un ser que oscila entre la materialidad y la transparencia”. (VIII; 175).

Como personaje, reitera, no es ni consecuencia del delirio, ni

“una mera ilusión -como la de los molinos de viento- sino una real personificación ilusoria, primero a través del nombre que, inventado por el Quijote, lo estimará posteriormente como verdadero; y luego en la materialidad de su figura que (...) la convertirá en un ser concreto que ya no vive en el interior de un sueño sino en la certeza de un mundo delirante”. (VIII; 177).

No es producto del delirio, Dulcinea, sino que forma como tal personaje, parte del delirio, que, sin embargo, como podemos comprobar con la lectura de la segunda parte, se va desvaneciendo al igual que “la locura del hidalgo” y entonces Don Quijote comenzará a dudar de la “realidad objetiva” de Dulcinea, “aun cuando se rehúsa a ahondar en el asunto”. (VIII; 178).

Como personaje que forma parte del delirio del caballero manchego

“su figura será inicialmente sin relieve y sólo se irá conformando en el transcurso del relato, al nutrirse paulatinamente del contexto global de la locura. Es por lo mismo que el Quijote dirá a Sancho que se ha enamorado ‘por las voces de la fama’, y al referirse al origen del nombre de Dulcinea del Toboso, dará una explicación llena de encanto y poesía, diciendo que lo escogió: ‘por encontrarlo musical y peregrino’. Este amor sin ver -que recuerda el secreto de la fe- hace de la pasión del Quijote un protoamor, es decir, previo al encuentro, ya que a Dulcinea, en cuanto a dama, jamás la conoció”. (VIII, 179).

Finaliza el examen de Dulcinea, como personaje, y del amor que le profesa Don Quijote, después de acertadas disquisiciones sobre el amor, interesantísimas pero que no cuadran al objetivo de este análisis, afirmando que Dulcinea

“no sería sino la personificación de la eterna búsqueda del hombre de su verdad interior; de ese ‘tesoro escondido’ de todas las leyendas y tradiciones, que nos aguarda en lo más íntimo del alma. Es por eso que con la recuperación del juicio previa a la muerte, Dulcinea también se desvanece, porque ya no es necesaria, debido a que el hidalgo ya no requiere de símbolos, porque -habiendo transitado el largo camino de su locura- finalmente se encontró con la plenitud de su propio ser. Pero, para el lector, sigue siendo necesaria, y es tal el encanto de la ilusoria dama, que tal vez podría decirse que no es tanto la muerte del Quijote sino la súbita realidad de Aldonza Lorenzo -la aldeana- la que romperá el hechizo, dando fin a la novela”. (VIII, 185).

V. DON QUIJOTE, COMO CREACIÓN Y PERSONAJE LITERARIO

Estudiados a fondo los tres personajes -ejes de la novela, Peña y Lillo hace un utilísimo-didáctico paralelo de Don Quijote con otros personajes arquetípicos de la Literatura Universal, que teniendo contactos con la personalidad de Don Quijote en algunos aspectos, son tan radicalmente diferentes, sin embargo: Hamlet y Fausto. Y, en seguida, se lanza a bucear en la personalidad de Don Quijote, desde una perspectiva de criatura literaria, como ser ficticio, pero fantástico, que “no es un engendro ni un ente quimérico y sobrehumano” (XI, pág.209). Tampoco la novela es “un relato maravilloso donde ocurran prodigios inverosímiles o portentos mágicos”. Lo fantástico está en la personalidad de Don Quijote, quien

“no conoce la experiencia subjetiva del asombro, ya que no percibe lo extraño ni lo contradictorio y entremezcla, sin darse cuenta, el delirio con lo cotidiano en un continuo diálogo -sereno y apacible- entre la razón y el absurdo”. (XI, 209).

Esta personalidad literaria tan extraordinaria de Don Quijote de la Mancha, envuelve al lector, quien, de aquí en adelante, se encontrará “cazado” en la novela por el personaje, perplejo a medida que avanza en la lectura y en el conocimiento del hidalgo manchego, envuelto en el torbellino” de lo que es y no puede ser, de la realidad de lo imposible” (Idem), con que se topa a cada momento en su lectura, que ocurre porque

“en la locura del Quijote, el ingenio y la lucidez son algo inexplicable y un absurdo que produce precisamente la admiratio; el asombro de la sorpresa y lo inesperado”. (Idem, desarrollando ideas de Williamson).

Es precisamente esta

“perturbación del juicio la que va a abrir en el Quijote el trasmundo fantasmático de prodigios y maravillas y ese contraste entre la elegancia de sus juicios y el absurdo de sus desatinos. (...). El Quijote es, en el fondo, un ser que permanece como ‘suspendido’ entre lo sabio y lo insensato; entre el delirio y la lucidez, de tal modo que no termina nunca ni enteramente loco ni enteramente cuerdo. Es en este equívoco donde radica el asombro que puede evocar en el lector y que lo reviste al menos de un ‘halo’ de personalidad fantástica. Las aventuras del Quijote, (...), se dan en un espacio anímico tan extraño como expansivo; y que es por lo mismo que el relato (...) nos arrastra con el vértigo de la estampida”. (XI, 210).

Es a partir de este momento que se penetra, asombrado, en la personalidad del hidalgo manchego, asombro en el cual uno, como lector, queda, como señala Peña y Lillo,

“entrampado (...), a pesar que en el relato no hay ambigüedad alguna y siempre es claro el límite entre lo real y lo ilusorio”. (XI, 212).

El asombro se produce, además de las razones antedichas, porque se ha producido “una pérdida de lo maravilloso” en el mundo que habita Don Quijote: el límite entre lo medieval y lo moderno, todavía no definido; más precisamente todavía -a nuestro juicio: la vigencia, en España, de lo moderno, como lo entiende el Renacimiento Edad de Oro, con la pervivencia de acusados rasgos de la Edad Media-: Don Quijote “está (...) en esa encrucijada”. Y respecto a esa encrucijada histórica que viven las personas de esos tiempos, la novela cervantina aparece como

“un (...) intento de descifrar el enigma analógico de la realidad. Todas las aventuras del hidalgo, en esta perspectiva, pueden ser vistas como una ‘inmersión’ en busca del secreto de las ‘semejanzas’ que para el hombre actual ya no existen y que sólo parecieran poder percibir los genios y los locos. Lo quijotesco -en este sentido- sería entonces la capacidad de ‘penetrar’ esa atmósfera alegórica de las cosas’ que sólo se revela al espíritu superior y que permanece, en cambio, muda ante la vulgaridad ‘sanchopancesca’ del hombre común. El Quijote, bien podría decirse, está ‘alienado de analogías’ y es un ser esencialmente poético, ya que vive inmerso en las connotaciones simbólicas, pero (...) tal como lo hace un loco: extraviado en la interpretación literal de las metáforas. (...). El Quijote, (...), sin ser un ‘personaje fantástico’ habita, no obstante, en el prodigio y en el pasmoso espacio de lo maravilloso”.

Para poder penetrar en su real dimensión este asombro y perplejidad que produce la lectura de la obra cervantina, que aparece justificado por la encrucijada histórica que se vive en la Edad de Oro Española, parece conveniente, al juicio de Peña y Lillo, estudiar lo fantástico, señalar con precisión sus límites para comprender cabalmente la novela de Don Quijote y la personalidad de éste.

“Lo fantástico se ubica entre lo extraño y lo maravilloso, como un momento de duda que sólo existe mientras dura la vacilación. Si lo fabuloso se puede explicar por las leyes de la realidad, se convierte en algo ‘extraño’ y si queda fuera del orden de la naturaleza, se transforma en ‘maravilloso’ perdiendo el carácter de fantástico, que sólo es posible en la observación entre lo existente y lo irreal”. (XI, 211).

Por otra parte, lo fantástico, como ya hemos señalado, produce perplejidad, emoción, que

“está hecha de una mezcla de asombro y perplejidad, por lo que nos cautiva. (Pues) su verdadero objeto permanece ‘suspendido’ entre dos

mundos... el de lo que es y el de lo que no existe. Es por eso que la perplejidad (...) nos paraliza como si ante la evidencia de lo absurdo, la mente se bloqueara y (...) quedara cautiva en la percepción de lo imposible". (XI, 212).

Don Quijote, en consecuencia, para el lector, se convierte en una personalidad fantástica y dada esa característica, entonces oscila

"entre lo real y lo irreal, de cuya sorpresa (...) se nutre su incomparable comicidad. (...) la clave (está) en que los desatinos del Quijote, si bien no son extraordinarios, tienen algo de maravilloso. No son insólitos para el lector, ya que eran esperables desde su delirio, pero están de algún modo desfasados del contexto de la situación. Así la ingenua seriedad con que se justifica y comete los más increíbles disparates origina -en el marco de lo ridículo- la presencia de un particular señorío que nos cautiva. Es por eso que puede decirse que Don Quijote -por la puerta de la locura- entró de algún modo en el mundo de lo asombroso". (XI, 213).

Pero no sólo lo es para el lector,

"sino también para los diversos personajes que en el curso de la novela (...) tienen que aceptar la real-irrealidad de su existencia de Caballero Andante". (XI, 212).

En Don Quijote, pues, "lo absurdo y lo sensato conviven en el interior de su psiquismo, con desconcertante naturalidad". (XI, 207); y a raíz de ello,

"es y no es un ser posible, ya que está hecho de contradicciones, como una salamandra literaria; y esta irrupción de lo ilusorio en lo real es lo que origina su 'virtualidad fantástica'. Es por eso que el Quijote, más que un loco, aparece como un sujeto 'encantado', una especie de sonámbulo que actúa en lo cotidiano, pero a través de sus quiméricas interpretaciones". (XI; 207, citando juicio de Julián Marías).

Si examinamos la novela en profundidad, ella en sí es un relato que calza totalmente en la matriz realista de toda la narrativa española áurea, por lo demás característica de la Literatura Española de todos los tiempos en todos los géneros, pero que rompe, sin embargo, el molde, porque en el psiquismo del personaje protagónico central

"surge lo asombroso y lo desconcertante. En efecto, es la undívaga personalidad del hidalgo -(...)- donde se va a crear el espacio de incertidumbre que hace nacer lo fantástico, ya que en él habitan -con idéntica certeza- lo real y lo imaginario". (XI, 208).

Y es precisamente esta característica de su personalidad la “que nos asombra y nos cautiva”; que

“escapa a nuestro entendimiento reflexivo y sólo podemos decir que tanto su psiquismo como su delirio nos hacen ‘sucumbir’ ante el misterio de su fascinante sortilegio”. (XI, 214).

Una vez que hemos penetrado en la personalidad fantástica de Don Quijote, que nos hemos adentrado en lo fantástico, todo ello para explicarnos el asombro y perplejidad que produce en nosotros la novela cervantina, Peña y Lillo analiza el capítulo con que culmina la novela del hidalgo manchego: el de la agonía, y tan pronto termina ese análisis, en uno de los capítulos escritos con mayor “amor literario”, podríamos decir, porque el ensayista no es literato, con admiración hace un examen de la novela como texto literario.

VI. “EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA”

COMO NOVELA,

“EL INGENIOSO HIDALGO...”

COMO MITO.

En esta anunciada perspectiva, el autor de este estudio señala que la novela es una creación “tan profunda y multifacética”, que -aventura- tal vez ni el mismo Cervantes “acertó a comprenderla”, pues, apoyándose en Menéndez Pelayo, “toda obra de genio (...) sugiere más de lo que expresamente dice”. “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” “es un libro universal que trasciende todas las barreras de la cultura, de valores y opiniones, porque toca los niveles más profundos y genéricos del alma humana”. Y lo clasifica luego: la novela cervantina

“es más fábula que relato de trama literaria. La fábula es la narración de un curso de acontecimientos lógicos y temporalmente ordenados. La trama, en cambio, es un relato más libre, que permite dislocaciones temporales (...) donde los hechos se mezclan con descripciones, digresiones y juicios reflexivos del autor”;

y obra típicamente renacentista, por cuanto le interesa sólo

“el hombre y sus conflictos psicológicos. Es por eso que, al leerlo, se tiene la impresión que en él se tratan -de una vez para siempre- todos los problemas humanos y que ya no habrá nada que agregar”. (Capítulo XIII, El simbolismo mítico, pág.228. Todas las citas, de esa página).

Es, en fin, un relato escrito “en prosa brillante, pero clara y realista, aunque -eso sí- de gran riqueza simbólico -antropológica”. (XIII, 230).

Posiblemente “lo más sugestivo” de la novela del Caballero de la Triste Figura, dentro de su probable “simbolismo” sea su “carácter ‘espiritualista’”, ya que

“a lo largo del relato, el hidalgo y su escudero parecieran ir realizando ese proceso de desarrollo y crecimiento anímico que -a través del equilibrio progresivo de los contrarios- conduce al nivel superior de la conciencia. (...) el Quijote (...) se mezcla entre los hombres para ‘derramar la copa del agua dorada’ y lograr que los hijos de Adán ‘vuelvan a alegrarse en su

locura' y desprecien la inteligencia y la razón que no consiguen hacerlos delirar. Es tentador -en ese contexto- pensar que el cura, el bachiller y el barbero, más allá de sus buenas intenciones de volver al 'loco' a la razón y al manejo de su hacienda, representen esa dimensión lógica -sombra del Pecado Original- que intenta por todos los medios detener al hombre en su búsqueda de lo superior". (XIII, 237, citando palabras de Nietzsche).

El autor, precisadas estas características del texto literario, vuelve el foco del análisis admirativo hacia Don Quijote de la Mancha como personaje. Este, en una dimensión profundamente renacentista, se

"constituye (en) un nuevo mito: el mito del hombre psicológico, cuya vida ya no depende del ayer o del capricho de los dioses, sino de sí mismo. El mito, entonces, del hombre libre y responsable, que debe asumir su percepción de la realidad y el mayor o menor acierto de sus actuaciones".

(Peña y Lillo entiende aquí lo mítico en sentido junguiano: "los mitos no son inventos culturales sino revelaciones arquetípicas del psiquismo inconsciente". /_ XIII, 231_/ y Don Quijote es un personaje que en virtud de "la fuerza poética del ideal (...) de algún modo redime al hombre de la habitual mezquindad de lo cotidiano" /_ XIII, 234_/).

Desde otro ángulo,

"la figura del Quijote proyecta tal abanico de aspectos esenciales de lo humano, que adquiere el carácter de un símbolo alegórico. La propia aparición del hidalgo en escena, desnudo de biografía, lo convierte en una especie de 'ser adánico', capaz de crear su propio mundo; un mundo mágico y pleno de resonancia que brota desde el interior de su delirio. Es precisamente aquí donde comienza el mito, porque Don Quijote -en sus devaríos- trasciende la psicología individual y asume la condición genérica del hombre. Pero -eso sí- ya no bajo el capricho del mandato de los dioses sino en la libertad. (...). Cervantes abrió la mente del Quijote a una prodigiosa versatilidad, capaz de sorprendentes ilusiones. Por esto, se ha dicho que la novela está escrita en 'clave mítica' y la locura es sólo el recurso literario para expresar una compleja realidad antropológica. (...). En efecto pareciera connatural al hombre la voluntad de imaginar un mundo y de instituir en él un nuevo orden personal. El Quijote logró crearlo y -según José Echeverría- lo hizo enseñándonos que nuestra vida vale 'cuando hemos luchado con coraje, por la virtud que al morir nos salva'". (XIII, 235-236).

En consecuencia, Don Quijote, en esta perspectiva

“es el héroe que, desbordando los límites de la razón y la prudencia, anhela vivir su verdad. De ser así, nuestro héroe - a través de su locura- sería un símbolo alegórico del hombre que busca el secreto de su propio enigma”. (XIII, 239).

Y en otra dimensión, no menos rica, la del amor, “la pasión y fidelidad hacia Dulcinea”, que es el hilo conductor de su vida de caballero andante y de sus acciones como tal, trasciende la propia carnadura de la doncella a quien adora y venera, pudiendo, entonces, esa

“pasión y fidelidad (...) ser consideradas como la búsqueda de la verdad interior y lealtad del propio ser. Todas las leyendas hablan de un ‘misterioso tesoro’ que sólo un héroe que desprecie el miedo puede alcanzar. Este ‘tesoro escondido’, que anida en las profundidades del alma, es nuestra propia individualidad”. (XIII, 238).

La novela cervantina y su personaje, como en sus tiempos, se pone en aguda contraposición con nuestro mundo, “dominado por el cientificismo tecnológico” donde

“pareciera ya no existir sitio para los héroes mitológicos que personifican las características genéricas de lo humano y las fuerzas de la naturaleza. (...). Pero el hombre no puede vivir sin mitos, ya que sólo ellos son capaces de mostrarnos las verdades más profundas y ancestrales de lo humano, aquellas que provienen de la sabiduría y experiencia colectiva de la especie. Es por eso que los mitos sólo cambian y modifican sus ‘ropajes exteriores’ adecuándose a las condiciones de cada cultura”. (XIII, 223).

La novela, siendo hija de su tiempo español, por eso renacentista y realista -“rigurosamente realista”, enfatiza Peña y Lillo -puede ser considerada como una narración mítica. Así para Unamuno simboliza

“la ‘tragedia intrahumana’ de la especie. La lucha entre lo que el mundo es, según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que quisiéramos que sea, según nuestra fe. Bien podría ser estimado el texto como un nuevo mito; el mito del hombre moderno que -asfixiado por las ideologías y el poder abrumador de la técnica -anhela el reencuentro con su raíz vital y se cuestiona la validez de su conocimiento”.

Desde esta perspectiva Don Quijote de la Mancha es nada menos que:

“el portavoz de un largo sueño del hombre: el de la libertad de la fantasía. Su figura, por lo mismo, desborda el marco de lo meramente literario y se

convierte, en cierto modo, en un mito objetivado a través de una conciencia psicológica: el mito del proyecto de una nueva humanidad; una humanidad heroica y generosa (María Zambrano)”.

Pero, aclara el ensayista, esto no debe dar pie para considerar la obra como una alegoría, pues

“Don Quijote es un personaje imaginario y no la personificación de un símbolo. Otra cosa es que el ingenioso hidalgo sea una suerte de loco sagrado que -en su alienada fantasía- intenta el ‘reencantamiento del mundo’ restaurando el poder del ideal. Así, en su actuar va creando situaciones plenas de humanidad: un universo antropológico abierto a toda la vida posible; lo cuerdo y lo insensato, la virtud y el absurdo, lo quimérico y lo reflexivo, lo superior y lo ridículo”.

Considerado el Caballero de la Triste Figura de esta manera, Don Quijote, entonces, es “una versión trágica del héroe mítico; un antihéroe que es incomprendido” y que fracasa. A pesar de ello

“es tal el poder de su fascinación que conquista desde el primer instante y, si bien el lector no se identifica con él -como con los héroes clásicos-, comparte su apasionado ideal y el heroísmo de su virtud y de su ética. (...) es tal el poder ‘magnético’ de su personalidad que -a pesar de sus desvaríos- termina convenciéndonos, o al menos nos hace pensar, que tal vez tenga razón el noble hidalgo y la verdad de las cosas está en su belleza, como la verdad del hombre está en sus sueños y -por lo mismo- ‘éstos deben reinar soberanos sobre la realidad’”. (XIII, 224-225, ampliando y utilizando juicios de Américo Castro. Todas las citas son de estas páginas).

VII. EL ÚLTIMO ABORDAJE DE UN LECTOR CON AMOR.

Al final de su estudio, en el epílogo, Peña y Lillo recopila y resume todo lo que ha extractado a través de la lectura de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha". Dejando de lado el enfoque meramente científico, que es notable e iluminador, hace una cala en profundidad, llena de entusiasmo y cariño, en la novela y en el personaje, que con toda naturalidad termina con un ditirambo final.

Es interesante, aunque aparezca como un poco reiterativo, parar mientes en ese enfoque de un lector aprisionado por la belleza del texto literario.

Respecto del personaje y haciendo alusión al hermoso poema que sobre el Caballero de la Triste Figura escribiera León Felipe, señala que la gran hazaña de Don Quijote

"fue efectuar el traspaso de un mundo ruin a un mundo noble. Es por eso que, junto al Quijote, todos los cuerdos -el cura, el bachiller o el Duque- aparecen como pálidas sombras de 'una racionalidad aplanada y vacía', sin el encanto enigmático del hidalgo y de su poético delirio". (Epílogo, págs. 243-244).

En la misma cuerda, ya antes había concluido Unamuno que Don Quijote "enloqueció de pura madurez de espíritu". (Epíl., 245).

Colocados en esa perspectiva, las derrotas de Don Quijote

"son sólo aparentes (porque) el hidalgo en su delirio nos llama y nos invita a trascender las normas del 'cautiverio cognitivo' de lo real que impide el libre vuelo de la fantasía; (y, por lo tanto) su impulso generoso permanece y permanecerá para siempre, como ha dicho Menéndez y Pelayo, mientras exista humanidad en el planeta". (Epíl., 245. Subrayados nuestros).

En consecuencia,

"el Caballero Errante de la Mancha -desde hace ya cuatrocientos años- viene enseñando que lo ideal existe y que todos los sueños son posibles si se tiene el valor de creer en ellos". (Epíl., 248).

La locura de Don Quijote, entonces,

“se transforma en un llamado, ya que, por debajo de sus desatinos, habla -en sordina- la belleza del ‘alma de la especie’ y su innato señorío, como si todos los desatinos del Caballero Errante no fueran si no el ‘extravío de lo sublime’”. (Epíl., 249);

por lo tanto, traspasando el umbral del razonamiento científico sobre la locura de Don Quijote,

“el hidalgo es mucho más que un paranoico; es un ‘héroe del alma’; al igual que su delirio es también un símbolo de la superioridad de la conciencia sobre el pragmatismo cotidiano”. (Epíl., 250).

concluye entusiasmado y enamorado del héroe, el ensayista.

La novela, en consecuencia, calando en profundidad su mensaje,

“sobrepasa lo literario por su enorme proyección antropológica y la riqueza de su simbolismo estético. Es por eso que el libro desbordó la nacionalidad, ya que -siendo radicalmente español-es, al mismo tiempo, un libro universal”. (Epíl., 246).

Lo

“que fue inicialmente una sátira”,

proyectado a nuestro hoy

“termina siendo un mensaje de esperanza para la humanidad que -hoy día- comienza a percibir el ideal caballeresco como la única salida a la profunda crisis moral de nuestra cultura. Todo parecería indicar en efecto, que sólo un ‘reencantamiento del mundo’, a través de la ilusión y de la ética, podrá detener ese relativismo pragmático que nos ha ido conduciendo al ‘callejón oscuro’ del escepticismo que ya no percibe el misterio de la vida”. (Epíl., 247);

pero no sólo eso, sino, además, la novela se constituye en

“un símbolo de la restauración en el mundo -no ya de la caballería andante- sino de la dignidad de la conciencia y de su sagrado dominio sobre las cosas. Es por eso que (...) termina constituyendo algo así como una ‘ofrenda’ que -desde el altar de España- inicia la redención poética de la humanidad”. (Epíl., 248).

Novela y personaje trascienden el tiempo y es así como nosotros, lectores contemporáneos, desde la "ambigüedad dinámica de Don Quijote", que

"juega un importante papel en la fascinación que nos evoca; nos divierte la insensatez de su delirio, nos emociona la lucidez de su entendimiento. Menéndez Pidal, en un sentido análogo, señaló que era tal la fuerza del ideal de Don Quijote, que se sobreponía a su falta de razón y -aún siendo loco- 'sus palabras tocaban las entrañas de todo corazón entusiasta'". (Epíl., 245).

Somos hombres contemporáneos y como tales deslumbrados, pero a la vez temerosos por los avances tecnológicos y el vértigo de los cambios, a tal punto, que pareciera que hemos

"perdido la capacidad de ilusión y de asombro. Es aquí donde el Quijote nos devuelve el olvidado poder de la fantasía, por esto, lo que nos transmite y nos 'contagia' el hidalgo a través de su heroísmo aparentemente inútil, es la fuerza del ideal. Es tal la pasión por revivir un mundo superior, que nos despierta la adormecida experiencia del entusiasmo que pertenece al 'tesoro espiritual' del hombre y que alude (...) a recuperar una 'inspiración divina'".

Y al cerrar la última página de la egregia creación cervantina, terminamos afirmando con Peña y Lillo:

"aunque jamás lo reconozcan los eternos 'mercaderes' de la vida que sólo saben 'comprar' y 'vender', existe un reino superior de la ilusión romántica y, a pesar de las burlas de los 'mozos de mula', es verdad que 'no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de La Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso'". (Epíl., 251-252).

Y es tal la fuerza que emana de la novela cervantina y de una lectura atenta que ha devenido en amor, como le ha sucedido a Peña y Lillo, que pese a vivir en un mundo asfixiado de pragmatismo e inmanencia, con el hidalgo manchego y tocados de su sublime locura, pensamos que vale la pena lanzarse a la aventura de reencantar al mundo.